

La República Socialista de Grove y Matte (*)

César Cerda y Guaraní Pereda

En horas de la mañana del 4 de Junio de 1932, en la base aérea de "El Bosque", el coronel Marmaduke Grove Vallejos, Jefe de la Fuerza Aérea, se dirigió al general Sáez -que en ese momento servía de intermediario ante el Presidente Juan Esteban Montero- diciéndole las siguientes palabras:

"Debo confirmarle, delante de todos, a mí querido amigo el general Sáez que estamos dispuestos a rendir la vida por un solo gran ideal que a todos nos une: el establecimiento de la República Socialista de Chile. No nos guía, pues, ningún deleznable propósito personal. No aspiramos a cambiar algunos hombres por otros hombres, sino a colocar el país en el único sendero posible en esta hora de crisis económica y moral: un Gobierno Socialista que proporcione a todos los chilenos Pan, Techo y Trabajo, y conceda al pueblo la libertad de que siempre ha carecido bajo el dominio de la oligarquía y el capitalismo internacional". Y sentenció luego Grove: "Como no se trata de un levantamiento de carácter local, sino de transformar totalmente la estructura económica y social de la República, nuestra respuesta no puede ser otra que una: luchar hasta la muerte por la conquista de la libertad económica y política de todo el pueblo de Chile...está junto a nosotros la opinión del país entero, de esa enorme masa de ciudadanos que no tiene techo para cubrirse, ropa para abrigarse y un pedazo de pan para llevarse a la boca... Mi amigo el general Sáez se servirá manifestar al gobierno que exigimos su renuncia inmediata y su reemplazo por una Junta compuesta del general Puga y los señores Matte y Dávila... Si a las dos de la tarde esta Junta no se encuentra en La Moneda -conminó finalmente Grove-, atacaremos sin vacilar, y en tal caso no respondo de las consecuencias, porque hemos hecho ya el sacrificio anticipado de nuestras vidas y no estamos dispuestos a retroceder ante ninguna consideración sentimental para implantar el régimen definitivo de la justicia y el derecho".

A las 8 de la noche del mismo día, los jefes del movimiento se dirigieron a La Moneda. Allí Grove, en calidad de portavoz de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, le expresa a Montero: "...he resuelto deponer al Gobierno que Ud. preside y establecer la República Socialista, en cuyo nombre procedo a tomar el mando de la nación, para el pueblo de Chile, por el pueblo de Chile y con el pueblo de Chile". (1) Montero abdicó- "en vista de que no puedo ejercer el cargo" dijo-, asumiendo la Junta de Gobierno anunciada por Grove.

¿Qué factores económicos y sociales dieron origen a la República Socialista? ¿Qué intereses de clase expresó? ¿Cómo debe ser caracterizada política e ideológicamente? ¿Fue acaso una simple casualidad o incluso una suerte de "error" histórico? ¿O marcó un punto de culminación o un viraje en el devenir político de Chile?

Para responder a las causas que dieron contenido y perfil al hecho, aunque sea de manera sintética, es necesario volcar la mira hacia el pasado.

RAICES SOCIOPOLITICAS

Cuando nuestro país advino a la independencia, las estructuras productivas del periodo colonial se mantuvieron en lo fundamental. Los diversos gobiernos conservadores, expresiones fieles de los intereses de la oligarquía terrateniente, se abrieron prontamente a la penetración del capital extranjero. El imperialismo inglés se apoderó así de nuestra principal riqueza, el salitre del norte, lo que fue determinante del modelo de desarrollo que seguiría nuestro país.

De esta manera, se fueron superponiendo y combinando una estructura productiva de dominantes características pre-capitalistas, con la creciente presencia del capital imperialista, de lo que resultaría una típica sociedad capitalista dependiente, que arrancó desde niveles de desarrollo muy atrasados.

Sobre tal estructura económica han de surgir y evolucionar las clases sociales, sus relaciones y luchas.

La oligarquía terrateniente, aferrada a patrones de conducta netamente conservadores, dominó sin alternativas durante las primeras décadas de vida del Chile independiente. Sus muy materiales intereses, estrechamente ligados a los del capital extranjero, dificultarán el desarrollo de otros sectores burgueses. Pero el lento, forzado y desigual crecimiento de las fuerzas productivas, influenciado por un comercio exterior que dinamizaba de distintas formas la economía del país, dio lugar al surgimiento de una burguesía minera y comercial relativamente independiente de la casta latifundista.

El Partido Radical, nacido en 1864, expresó inicialmente a estos sectores burgueses que demandaban transformaciones democratizadoras. Pero la debilidad ínsita de esa burguesía, incapaz de una plena y suficiente autonomía económica que le permitiera ir al choque con la oligarquía conservadora, la lleva a claudicar ante ésta.

No obstante, a contrapelo de esa tendencia al sometimiento político de la burguesía minera y comercial - que culminó con la derrota de Balmaceda en 1891-, los intereses concretos de las capas burguesas emergentes y fundamentalmente los de la pequeña burguesía productiva buscaron, por otros cauces, levantar su propio programa. Así surge el Partido Democrático en 1887, como intérprete de la mediana burguesía y de amplios estratos de artesanos y trabajadores, el que planteará la necesidad de estimular a la industria nacional y en general la democratización de las instituciones políticas y el impulso a la educación.

Durante un periodo el Partido Democrático será también el lugar de encuentro de los grupos obreros más avanzados (desde sus filas dio sus primeros pasos en la política Luis Emilio Recabarren). Pero la nueva colectividad, dirigida por sus componentes burgueses, a la postre cederá sus banderas ante la gran burguesía, mientras en sus militantes trabajadores más avanzados tomaba cuerpo la idea de crear su propio partido político.

Así, en 1912, con Recabarren como guía, se funda el Partido Obrero Socialista, cuyas bases de apoyo estaban principalmente en el norte. El POS proclama que "la doctrina socialista, más completa que la democrática, realiza de verdad la redención de los oprimidos"(2)

Esa clase obrera constituida en partido independiente, tenía sus propios rasgos, condicionados por el subdesarrollo y la dependencia económicos. En efecto, la explotación en el norte salitre ro otorgó al proletariado algunas características que debemos subrayar.

Durante el siglo pasado Tarapacá y Antofagasta eran la única zona del mundo en que se encontraba salitre en estado natural y en cantidades inmensas. En calidad de fertilizante o como elemento fundamental para la industria bélica, el salitre era demandado en cantidades cuantiosas y perentorias por la metrópoli británica, y aún más cuando se fue gestando el clima de pre-guerra en Europa. Ello determinó la despiadada explotación de la mano de obra en las zonas nortinas, dramático cuadro social recogido en conocidas imágenes y en la novelística dedicada a los pampinos.

Un segundo aspecto radica en la importancia primordial que tenían los ingresos provenientes de los impuestos a la exportación del salitre para saldar las importaciones operadas por las clases dominantes y en general para solventar los gastos del aparato estatal (más del 50% del presupuesto fiscal). Ello explica la servil cobertura represiva que los gobiernos reaccionarios aplicaron, en defensa de las empresas extranjeras, contra todo tipo de protesta de los obreros nortinos. La alianza imperialista-oligarquía se selló en un pacto represivo contra los trabajadores salitreros.

Un tercer elemento a considerar es el de la diferenciación: socio-geográfica en que se conforma la clase obrera chilena, dado que en el norte del país se concentra la mayoría del proletariado durante el siglo XIX y primeras décadas del presente, siendo su crecimiento particularmente acelerado en esa zona. (3)

Es, en conclusión, una clase obrera sumida en una miseria extrema, explotada con bárbara intensidad por el capitalista extranjero, por el gringo, en forma directa y denigrante, y sometida siempre a la amenaza o represión abierta del ejército ante su más insignificante protesta. En esas condiciones surge y se eleva su conciencia de clase, desde un inicio diferenciado del ritmo y las formas en que evoluciona en el resto de los asalariados del país, sometidos a modelos de explotación y a condiciones políticas distintas.

El proletariado de la zona salitrera llega así tempranamente a un radicalismo antimperialista y anticapitalista muy acentuado aunque primario. Esta diferenciación subjetiva es reflejada en el número de huelgas y otras acciones reivindicativas registradas el siglo pasado, la inmensa mayoría de las cuales se llevaron a cabo en el norte. Ello explica igualmente por qué fue en esa región donde surgieron las primeras expresiones de la prensa obrera y las primeras organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores chilenos.

A comienzos del siglo XX Chile mostraba una alta burguesía vinculada estrechamente al latifundio y al capital imperialista y una clase obrera cuyo peso económico y social le permitía expresarse como fuerza política independiente. Pero en el deformado desarrollo capitalista del país, siempre dependiente, a la par del antagonismo burguesía/proletariado emergen nuevas capas burguesas con renovado dinamismo y disperejo poderío económico, y una muy importante masa media, de artesanos, empleados, profesionales liberales e intelectuales va ocupando un lugar cada vez más relevante en la estructura social.

Sobre esta dinámica realidad social impacta la Revolución de Octubre en Rusia. Ese acontecimiento, señalizador del inicio de una nueva época histórica, ha de remecer al mundo entero, generando convulsiones revolucionarias en Europa y diversas zonas de Asia. En nuestro continente surgen adhesiones múltiples a la gesta soviética entre las masas trabajadoras, se crean numerosos partidos comunistas -el de Chile en 1922-, y, más en general, se eleva el grado de conciencia de amplios sectores pequeñoburgueses y en la intelectualidad, acicateados por la idea de instaurar rápidamente un régimen sin explotados ni explotadores.

La presencia comunista no es, a estas alturas, ni orgánica ni ideológicamente expresión del conjunto del proletariado chileno, diseminado ya a lo largo del país y muy heterogéneo en su nivel de conciencia política. Las particularidades del modelo de desarrollo chileno no le otorgaron al núcleo proletario nortino -base principal del PC- el imprescindible ambiente cultural para comprender al país entero en su abigarrada textura de clases.

Entre los obreros, los artesanos, los empleados y los intelectuales el concepto "socialismo" fue adquiriendo un espacio cada vez más amplio en sus planteamientos. Algunos pretendían soviétizar inmediatamente el

país. Otros, románticos, aspiraban a una cooperación simple entre todos los estamentos no capitalistas, para crear así una suerte de "mundo feliz", eludiendo los complejos problemas del poder o el de la propiedad de los medios de producción. Los matices, por supuesto, proliferaban. Hasta en algunos grupos burgueses -inquietos por la "cuestión social"- se reconoció la urgencia de una mayor "justicia social", como forma de aplacar los ánimos disociadores que cundían entre las "clases bajas".

EL IMPULSO INMEDIATO

Al término de la Primera Guerra Mundial se produce un serio trastorno en la economía nacional, debido a la drástica reducción de los mercados europeos. Al cierre de las salitreras, al acelerado crecimiento del desempleo, del déficit fiscal y la inflación, se suman la creciente presión de los más variados sectores de la población sobre el poder dominante y a las perturbaciones sociopolíticas inducidas por el cambio de patrón imperialista -el capital inglés es desplazado por el de los Estados Unidos-, todo lo cual agudiza la lucha de clases y provoca un quiebre de la base económica, social y política de sustentación de la oligarquía chilena.

En las nuevas condiciones, los estratos latifundistas y gran burgueses se ven obligados a ensayar una apertura política hacia algunos de los sectores burgueses que presionan. Arturo Alessandri -su acción gubernativa de 1920 a 1925 -sirvió de agente ensamblador entre la antigua aristocracia- bastante aburguesada pero aún terrateniente al viejo estilo-, y los sectores de la "nueva" burguesía que acrecieron su poderlo económico al calor del auge industrialista de los años de la Guerra Mundial.

Este ensamblamiento oligárquico-burgués no significó la realización de tareas económicas democráticas, como la reforma del agro, pero debió producir ciertas liberalizaciones en la vieja y rígida estructura de dominación.

Las ideas democráticas tomaron cada vez más cuerpo en amplias capas sociales, penetrando incluso en las Fuerzas Armadas. Fuertes, pero también confusas ideas populistas recorrían los cuarteles. En 1924 y 1925 se producen sendos pronunciamientos militares, los que expresaron contradictoriamente el conjunto de tensiones sociales del periodo. De resultas de esa intervención, producida en el contexto de amplias luchas de las masas populares, se concreta la promulgación de una nueva Constitución Política de sentido modernizador. Pero los militares también querían imponer "orden" en aquel país convulso -factor que llevó a la alianza oligárquico-burguesa a hacer su propia apuesta a favor de los uniformados-, reflejo de lo cual fueron las sangrientas masacres de campesinos en La Coruña y Pontevedra (ambas en 1925).

Las elecciones de octubre de 1925 constituyeron una clara muestra del girado de descontento popular y, en perspectiva más extensa, del viraje sociopolítico que se venía produciendo en el país. La candidatura de José Santos Salas, un avanzado demócrata burgués que sirvió de abanderado de los trabajadores -contra Emiliano Figueroa, representante de la oligarquía-, obtuvo el treinta por ciento de los sufragios. Fue un indicador de los nuevos tiempos.

La dictadura de Carlos Ibáñez (1927-31) fue una segunda fase en el proceso de acoplamiento entre los sectores conservadores y las capas burguesas. El país vivió en esos años un momento de fuerte alza en la economía, debido principalmente a un nuevo auge salitrero. El gobierno implementó medidas de estímulo al capitalismo, desarrolló obras de infraestructura y concretó algunos nuevos cambios en niveles institucionales. Jorge Barría califica la política de Ibáñez como "paradojal", en tanto, "por una parte mantiene la estructura de la propiedad y la estratificación social en el agro chileno, por otra, estimula y

trata de afianzar a los grupos industriales nacionales. Mantiene una política de garantías absolutas a la inversión del capital extranjero, lo que facilita la penetración imperialista, e incorpora a un importante sector de clase media a los nuevos servicios públicos del Estado". (4)

Ibáñez, aunque ciertamente hostil a los núcleos aristocráticos, reprime violenta y sistemáticamente al movimiento obrero -como nunca se había hecho- a la par de realizar esfuerzos por montar una estructura político-gremial oficialista. Al comunismo no lo admitía "ni como fuerza política ni como idealidad social". Paralelamente a la persecución de los comunistas y fochistas (5) permitió y alentó la actividad de la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile (USRACH), entidad a la que no pudo dominar a su antojo, llegando a la persecución de sus más destacados personeros -Eugenio González entre ellos-, los que, junto a muchos otros demócratas pequeño burgueses, intelectuales y políticos, como Carlos Vicuña Fuentes y Santiago Labarca, fueron a parar a la cárcel.

Es, en fin, el perfil más o menos típico de las dictaduras bonapartistas, al servicio del capitalismo en el fondo, e instrumentalizadoras de ideas populistas en los métodos.

Durante la década del 20, en síntesis, se produce en Chile una fuerte presión de "los de abajo", que se manifiesta de manera determinante en las elecciones de 1920 y 1925, en las renovaciones jurídico-institucionales y en el relativo desplazamiento de las rancias ideas aristocrático individualistas por consignas de tipo social y nacional. La incapacidad de "los de arriba" para seguir administrando eficazmente los negocios del país, a la antigua, en el contexto de una realidad social muy diferente a la de medio siglo atrás, obliga al bloque oligárquico-gran burgués a abrirse y compartir el poder con los nuevos sectores burgueses. Las capas medias, de muy distinto origen y base económica, han entrado a pesar en el aparato de dominación. En este sentido puede considerarse, como sostienen muchos autores, que durante esos años se produce un deslizamiento político general desde la derecha hacia el centro expresado en el traspaso de ciertos mecanismos del gobierno desde la oligarquía hacia dichos estamentos medios.

En el seno del pueblo se verifica una inclinación general hacia la izquierda de amplias masas que hasta entonces habían confiado en el liderazgo de la burguesía democrática. Tal izquierdización se reflejará muy nítidamente, por ejemplo, en la Convención del Partido Radical de 1931, la que aprobó un programa que, tras denunciar la crisis del sistema capitalista, proponía la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva de los medios de producción.(6)

Este viraje de las masas hacia la izquierda se combina con la disgregación y aislamiento que sufre el núcleo proletario más avanzado. En efecto, las organizaciones obreras de más larga experiencia y mayor claridad respecto de los objetivos históricos de su lucha -el Partido Comunista y la POCH fundamentalmente-, caen en una actitud vanguardista que redobla su aislamiento (consecuencia de la represión) de la pequeña burguesía administrativa, de los grupos intelectuales y el estudiantado tan activos en el periodo y de los militares sensibilizados por la miseria y rebeldía del pueblo. Todos esos sectores, aliados fundamentales del proletariado para impulsar una revolución democrática y antimperialista puesta al día por los problemas del país, no encuentran en el momento la orientación imprescindible de la vanguardia obrera marxista, la que había perdido en 1924 a Luis Emilio Recabarren, su más culto y capaz conductor.

Así enjuicia esta situación Hernán Ramírez: "La vigorosa energía de que daba muestras el movimiento obrero nacional, la visión de procesos similares -aunque más intensos- que tenían lugar en otras áreas del mundo, especialmente en Europa, el desarrollo triunfante de la Revolución Rusa y la consolidación del régimen soviético, originaron en el Partido (Comunista) la idea de que la "revolución social" -como

entonces se decía- era inminente, que la clase obrera estaba en condiciones de capturar el poder político y establecer el régimen socialista; era cuestión de levantar la combatividad del proletariado para instaurar un Gobierno datero de un solo golpe, "en una sola batalla". Y enfatiza más adelante: "Al juzgarse que el régimen capitalista podía ser destruido hasta en sus cimientos en un plazo relativamente breve por la acción revolucionaria de la clase obrera, se forjó una ilusión que facilitó el desarrollo de un nocivo sectarismo". (7)

La capacidad conductora del Partido Comunista se vela extremadamente limitada, además, porque al aislamiento producto de la represión ibañista y del ultrismo ideológico, se sumaban las consecuencias inmovilizadoras de una fuerte disputa interna entre "trotskistas" y "estalinistas". La pugna ideológica desatada entonces en la Unión Soviética, se reflejó en Chile de una manera simplificada hasta el esquematismo. La sustancia aventurera e idealista de las posiciones de Trotsky -que desafiaban la propia subsistencia del socialismo en la URSS y la creatividad materialista y revolucionaria del leninismo-, y las respuestas de Stalin y sus partidarios, no muy creadoras en lo teórico y preferentemente administrativas en la práctica, se tradujeron en una pelea consignista y por el poder interno en el seno del PC.

En suma, el conjunto del Partido Comunista -reducido entonces a no más de dos mil militantes- se sectarizó, impidiéndole hacer de palanca unificadora y de guía de la mayoría de la clase obrera y de las amplias capas no proletarias volcadas hacia la izquierda.

La crisis mundial que sacude al capitalismo a raíz del crac originado en Estados Unidos en 1929, tendrá repercusiones económicas, sociales y políticas estremecedoras en Chile. El grado de penetración y dominio del capital yanqui en nuestro país era inmenso: hacia 1930 el capital de Estados Unidos invertido en nuestro país "representaba alrededor del 5% del total de inversiones hechas por los norteamericanos en el mundo y cerca del 14% de las hechas en América Latina", de acuerdo a Hernán Ramírez, quien precisa que en ese mismo año las inversiones norteamericanas representaban cerca del 70% de las inversiones extranjeras en Chile, contra aproximadamente el 50% a fines de 1926.(8)

Tal nivel de dependencia tuvo su corolario en la profundidad del impacto causado por el sisma económico originado en el centro imperialista. El mismo historiador dice en otra de sus obras: "Aquí la crisis produjo un impacto singularmente demoledor; la producción y el comercio internacional correspondientes a 1931 descendieron en 30 y 50% respectivamente con relación a 1929; los negocios en todas sus manifestaciones decayeron hasta los más bajos niveles; hubo disminución en los ingresos fiscales y paralización de obras públicas; como consecuencia, la cesantía llegó a afectar a unos trescientos mil trabajadores de toda clase, lo que significó la miseria para más de un millón de personas -casi la cuarta parte de la población del país-, mientras que el resto de los trabajadores vio disminuidas sus rentas y desmejoradas sus condiciones de vida y de trabajo". (9)

La debacle económica provocó una vertical pauperización de grandes masas trabajadoras y el empobrecimiento de la pequeña burguesía y de todo el sector medio. Además del vertical aumento de la cesantía, entre 1929 y 1932 los salarios reales se redujeron en un 40%, el costo de la vida aumentó en un 38% de 1928 a 1933, y subió apreciablemente la mortalidad general y en especial la mortalidad infantil (10) Bajo estas condiciones se generó en el país un clima de insumisión general. Las viejas generaciones de explotados y los nuevos y masivos grupos sociales empobrecidos abrupta mente, enfrentados a una crisis que se descargó sobre sus espaldas con ferocidad, reaccionaron contra una estructura capitalista

atrasada y deformada, que puso en evidencia todas sus incapacidades. Fue así que la necesidad de transformaciones estructurales profundas se hizo carne en las masas populares.

Para entonces el socialismo -se había afianzado en la URSS, ofreciendo a los ojos del mundo una alternativa concreta que se contraponía al panorama caótico del capitalismo. Y América Latina andaba en plena búsqueda de su camino de emancipación del dominio imperialista. La Revolución Mexicana iniciada en 1910 expandió sus principios nacionalistas a todo el continente. Las huestes estudiantiles y la nueva intelectualidad latinoamericanas recreaban el programa bolivariano de unidad y emancipación de nuestras naciones, inspiradas por la Reforma de Córdoba de 1918 que llegó con sus luces a todos los países de la región. La gesta de César Augusto Sandino en Nicaragua trazó el ineludible camino de enfrentar abiertamente la prepotencia imperialista. En fin, toda una ideología de inspiración nacionalista continental, antimperialista, que se orientaba al logro de la justicia social para los pueblos, cobró fuerza entre amplias capas de intelectuales y personalidades de origen diverso que comenzaban a intervenir y decidir en política.

Desarticulada a tal grado la economía, sin perspectivas claras de superación de la grave coyuntura, las propias clases dominantes chilenas cayeron en una fase de total insolvencia política, entrándose de lleno en el periodo conocido como de anarquía institucional. Se va generando así una situación revolucionaria general.

El 26 de julio de 1931 es derrocado Ibáñez, a quien lo sucede Juan Esteban Montero, elegido con el apoyo de las fuerzas conservadoras. La administración de Montero carece de total autoridad para enfrentar los problemas económicos y la tensión social crecientes.

El 1° de septiembre se produce una sublevación en la Escuadra, impulsada por marinos progresistas. En su proclama denunciaban el haber sido utilizados siempre para "levantar y derrocar gobiernos", a resultas de lo cual sólo se ha logrado hundir cada vez más al país en la desorganización y descrédito e insolvencia. (11) Exigían honradez en el manejo gubernativo, medidas urgentes para superar la cesantía, promoción de la actividad industrial, obligar a trabajar a los capitales ociosos y repartir las tierras productivas y otras. (12) Era un programa que apuntaba esencialmente contra la oligarquía latifundista y financiera y los gobiernos corruptos que no hacían más que custodiar y administrar sus intereses. En el curso del alzamiento los sublevados culminan reclamando abiertamente el "cambio del régimen social". (13)

La vinculación del Partido Comunista con elementos del mando insurrecto, y la simpatía que el estallido despertó en los sectores humildes, en las propias filas castrenses y entre los carabineros (cuerpo policial creado por Ibáñez), atemorizaron al gobierno, el que desató una virulenta campaña de grotescas acusaciones contra una pretendida conspiración "roja".

El alzamiento de la marinería fue violentamente aplastado por el ejército, a los ocho días de producirse.

Hacia fines del mismo año 1931 el gobierno montó una provocación con el fin de salir al paso a las maniobras golpistas del alessandrismo y otros grupos reaccionarios, que tuvo como consecuencia el asesinato de varias decenas de personas en Copiapó y Vallenar, entre ellas un gran número de comunistas.

Día a día aumentaba la inestabilidad institucional y el caos político, bajo el apremio de las masas populares enardecidas por la crisis.

La inquietud en los cuarteles seguía en ascenso. Una circular del Director Nacional de la Armada, fechada en abril de 1932, reconocía que las simpatías con ciertas conspiraciones antigubernamentales se ampliaban entre los uniformados: "... estas simpatías son posibles -expresaba el documento- dentro de nuestras instituciones armadas como consecuencia de haber tenido que participar obligadas por las circunstancias en cambios de gobierno o en los gobiernos mismos del país y de la campaña que hacia ellas dirige el elemento civil descontento". Y agregaba después: ...paulatinamente se han ido creando en la opinión pública grupos de resistencia al actual gobierno, las cuales por las razones expuestas en párrafos anteriores, pueden fácilmente encontrar simpatías dentro del personal de las Fuerzas Armadas... El motín de la Armada no es en el fondo sino una manifestación en el personal de baja fuerza de este espíritu inquieto y revolucionario"(14)

A mediados de 1932 era ostensible la existencia de diversos sectores y líderes políticos interesados en el derrocamiento de Montero, como Alessandri, Dávila, Matte, entre otros. El Presidente carecía de la fuerza y decisión necesaria para anularlos, y decidió cortar por el punto que estimó más fácil, destituyendo al Comodoro Marmaduke Grove, jefe de la Fuerza Aérea, acusándolo de conspirador. Fue el 3 de junio.

Matte, como líder de la NAP y desde su cargo de Serenísimo Gran Maestro de la Masonería chilena, había tomado contacto con Grove y otros militares, alentando la idea de un cambio en la dirección del país. Grove -quien habla demostrado una intachable lealtad profesional ante el Presidente-, constató en esas circunstancias que contaba con un amplio respaldo de parte de la oficialidad, la que se oponía a su destitución. Fue así que se decidió a liderizar a las Fuerzas Armadas para derrocar a Montero, establecer una Junta de Gobierno e instaurar la "República Socialista".

LOS 12 DIAS SOCIALISTAS

Al amanecer del 4 de Junio de 1932, aviones de guerra que sobrevolaban la capital dejaron caer una proclama que constituía el programa básico a llevar adelante por el nuevo gobierno.

"El caos en que se encuentra el país -decía en su primera parte- a consecuencia de su total bancarrota económica y moral nos ha movido a seguir los impulsos de nuestro patriotismo, derrocando un gobierno nefasto de reacción oligárquica que solo supo servir los intereses del insaciable, capitalismo extranjero, sin importarle las urgentes necesidades colectivas, la miseria de las clases productoras, la cesantía "y el hambre del proletariado".

Allí estaban los objetivos fundamentales del movimiento, claramente expuestos. Los problemas esenciales que enfrentaba el país eran producto de la presencia dominante del imperialismo -"los intereses del insaciable capitalismo extranjero"-, el que aliado al sector más conservador de la propia burguesía -la "reacción oligárquica"- constituía el núcleo central de todo el sistema de explotación y la causa primera de la miseria en que se encontraba Chile. Luego sostenía la proclama:

"... sólo perseguimos la liberación económica del país y el triunfo de la justicia social, con la instauración de la República Socialista de Chile, alentada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo... ". (15)

"Justicia social", "socialismo", "nacionalismo"; he ahí los conceptos con que se expresaban los diversos grupos revolucionarios intérpretes del rebeldismo social de aquel agitado momento.

La idea del socialismo, como atestigua Carlos Charlin, "era zarandeada por todos, como un lugar común, pero las interpretaciones variaban de acuerdo a los intereses que representaban los distintos grupos". (16)

El mismo Alessandri, audaz demagogo, no le hacía asco a la postulación de un "régimen socialista". Y Carlos Dávila, uno de los integrantes del nuevo equipo gobernante, un mes antes del golpe que derrocó a Montero lanzó un plan destinado a "Cambiar un régimen económico-social por otro", plan que no trasponía los marcos del capitalismo de Estado. La Nueva Acción Pública, que habría de constituirse en el núcleo principal y más avanzado de la República Socialista, respondió al "Plan Dávila" con su propio programa -el "Plan Lagarrigue", por su autor- el que, siempre según Charlin, aspiraba a "una revolución total que transformara las bases de la estructura económica, política, social y jurídica de Chile". (17)

La composición de la Junta de Gobierno que asumió en lugar del depuesto Presidente J.E. Montero es una muestra nítida de la heterogeneidad de las tendencias que se unieron en aquella experiencia "socialista". Estaba presidida por el general (R) Arturo Puga, un personaje sin brillo que después seguirá colaborando con los sucesivos gobiernos reaccionarios. Dávila -embajador en Washington durante el periodo de Ibáñez- era una verdadera quinta columna de la reacción y el imperialismo en el seno de dicha Junta. Su inclusión en la terna fue impuesta por el comandante Pedro Lagos -hombre fuerte en el Ejército, e intrigante descarado-, cuestión que obligó a posponer el pronunciamiento contra Montero desde el 3 al 4 de Junio.

Eugenio Matte era otra cosa. Se trataba de un intelectual entregado enteramente hacia los problemas de los trabajadores, que creía y luchaba por la redención de los humildes. Se acercaba a los gremios y los asesoraba en sus luchas. Creaba escuelas nocturnas para trabajadores y ejercía como profesor en ellas. "No ara un simulador, sino un convencido", dice Carlos Sáenz M (18) En esa época, con sólo 34 años, ya era Gran Maestre de la masonería chilena. Su ideología arrancaba del humanismo burgués más jacobino, y aquel ideario se proyectó en formulaciones políticas socialistas, de cuya doctrina fue un tenaz divulgador.

Pero Matte no era sólo un intelectual sino también un político de acción. A fines de 1931 creó la Nueva Acción Pública, a la que ingresaron varios lúcidos y avanzados masones y muchos otros hombres de gran valor intelectual, como Alfredo Lagarrigue, Oscar Cifuentes, Carlos Alberto Martínez y el zapatero de notable cultura y formación anarcosindicalista Augusto Pinto. La NAP se transformó en pocos meses en una fuerza política coherente e influyente, que se insertó en las conjuras de los que bregaban -con muy disimiles objetivos- por la sustitución del gobierno de Montero.

Puede sostenerse que Eugenio Matte fue el cerebro o el genio de aquella experiencia que se iniciaba. Pero el líder indiscutido de la misma fue Marmaduke Grove Vallejos. Este había hecho toda la carrera militar con distinción -a pesar de su temperamento rebelde- hasta llegar a Subdirector de la Escuela Militar. En 1920 apoyó la candidatura de Alessandri, el que posteriormente lo hizo destituir y relegar a Traiguén, aunque al poco tiempo logró ser restituido en su cargo y funciones. Apoyó a la Junta que en 1924 derrocó a Alessandri, la que lo convirtió en Jefe de la Fuerza Aérea. Su oposición a Ibáñez le aparejó la destitución del Ejército y la expulsión del país, situación que lo embarcó en una tenaz actividad conspirativa que le costó -luego del sonado caso del "avión rojo" que lo llevó clandestinamente desde Buenos Aires a Concepción- ser desterrado a la Isla de Pascua. De allí se escapó y regresó al continente al otro día de la caída de Ibáñez. El gobierno de Montero le restituyó nuevamente los galones de coronel y el cargo de Comandante en Jefe de la aviación.

La rica biografía personal de Grove lo connota con rasgos de aventurero, pero no fue así. Era un hombre muy serio, de una inmensa sensibilidad social -como Matte- al que le repugnaba el juego politiquero que encubría la corrupción de los sucesivos gobiernos. Su pensamiento, como el de todos los militares progresistas de su época, era nacionalista, también con inspiraciones socialistas.

No complotó contra el gobierno de Montero, convencido del valor de la legalidad y de que los cambios que requería la sociedad chilena debían tocar en profundidad sus estructuras económicas. Pero la incapacidad de la administración monterista, y los trajines conspirativos, lo fueron colocando en una posición clave, dada la importancia que la postura de las Fuerzas Armadas tenía en cualquier salida que se buscara al caos político imperante. Grove se conoció con Matte -a pesar de que también era masón-, muy sobre la hora de la operación del 4 de Junio.

El gabinete constituido por la Junta de Gobierno quedó conformado con los siguientes ministros: Defensa: Marmaduke Grove Vallejos; Hacienda: Alfredo Lagarrigue; Educación: Eugenio González; RR.EE. y Comercio: Luis Barriga; Justicia: Pedro Fajardo; Fomento: Víctor Navarrete; Tierras y Colonización: Carlos Alberto Martínez; Agricultura: Nolasco Cárdenas; Trabajo: Ramón Álvarez; Salubridad Pública: Oscar Cifuentes; Interior: Rolando Merino; Secretario General de Gobierno: Oscar Schnake.

Fajardo, Navarrete y Cárdenas eran alessandristas; Álvarez y Barriga davilistas; González y Schnake de la Acción Revolucionaria Socialista; los restantes ministros pertenecían a la Nueva Acción Pública, de Matte. (19)

DESLINDE DE CAMPOS

El 5 de junio el nuevo gobierno dio a conocer un manifiesto en el que precisaba su programa:

"... organizar técnicamente la fuerza productora bajo el con rol del Estado, establecer ampliamente. La justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo. Pretendemos iniciar la construcción de una sociedad mejor que la actual, dentro de las limitaciones naturales que imponen los recursos del país y sus condiciones históricas. Queremos imprimir a todas las actividades nacionales un ritmo de energía, de juventud, de eficiencia y de disciplina. Para evitar la injusticia que significa, la desigual repartición de la riqueza, se modificara el sistema tributario, gravando las grandes rentas..." (20)

La reacción comenzó a actuar apresuradamente ante los amenazantes propósitos del gobierno, pues resultaba evidente que la voluntad de sus líderes más decididos no era la de proceder a simples retoques formales en la economía y las instituciones del Estado. El imperialismo yanqui habría de jugar, naturalmente, él papel rector en la hostilización a la nueva administración. Así lo constata Hernán Ramírez Necochea: "Con gran celeridad, los representantes de las empresas norteamericanas tomaron contacto entre si y, en la tarde del 5 de junio, celebraron una larga reunión con Culberston (embajador de Estados Unidos en Chile) en la sede de la Embajada. Allí -el historiador cita ahora un cable de Culberston al Departamento de Estado- preocupación fue expresada que el Gobierno quiera tomar servicios de utilidad pública americanas y que posiblemente Gobierno quiera pedir dinero a bancos y compañías americanas (21) En esa misma reunión, no sólo hubo la pasiva expresión de preocupación, sino que, además, se adoptaron activos acuerdos para enfrentar solidariamente y en conexión con la Embajada, cualquiera amenaza que pudiera poner en peligro los intereses allí representados; por de pronto, el personero de la Standard Oil Company informó que un buque cisterna que estaba pronto a depositar su cargamento de petróleo en un puerto, habla sido instruido para que suspendiera esta operación en espera de lo que pudiera suceder". (21)

El mismo Culberston tomó contacto con Carlos Dávila (el miembro de la Junta de Gobierno) para plantearle sus inquietudes. El representante norteamericano informó en los siguientes términos al Departamento de Estado sobre dicha entrevista: "El (Dávila) dijo que en ese momento venia de una conferencia con Puga,

Presidente de la Junta, y que el principal asunto discutido fue su actitud hacia intereses extranjeros. El declaró que estaban de acuerdo en que intereses extranjeros no debían ser molestados... Yo le recordé los rumores que Grove sustenta puntos de vista más extremistas. El replicó que habla habido algunas diferencias de opinión, pero que ahora Grove acepta la política que sus intereses no sufrirían ningún acto del Gobierno... Se quejó que el artículo en el New York Times que se refiere al Gobierno Soviético de Chile era inapropiado e injusto... Dijo que habría transformaciones en la vida económica de Chile, pero que los intereses americanos no tendrían más problemas bajo su Gobierno que bajo Ibáñez o Montero. Entonces dijo (Dávila al Embajador): 'Por favor, asegure a mis amigos americanos que ellos no tienen nada que temer' (22) La cita es sustanciosa, y obvia mayores comentarios.

Hasta aquí, sintéticamente, las ideas programáticas del movimiento y sus propias contradicciones, y la intranquilidad y primeras acciones del imperialismo.

Es necesario observar también cual fue la posición adoptada por el Partido Comunista, que aunque pequeño, era la única expresión orgánica que tenía el proletariado más avanzado.

Ante la proclamación de aquella República Socialista, los comunistas dieron una patente muestra de su infantilismo. No sólo no apoyaron esta incipiente experiencia democrática liberadora sino que se alzaron ante ella con consignas extremistas que obviamente no calaron en las masas. Al otro día del derrocamiento de Montero y de la instauración del nuevo gobierno, militantes del PC se apoderaron de la sede central de la Universidad de Chile, colocando en su frontis un cartel que convocaba al pueblo a crear "soviets de obreros, campesinos, mineros, soldados, marineros e indios". (23) Días después distribuyeron volantes descalificando a los miembros del gobierno como socialdemócratas y burgueses a los que el pueblo debía rechazar y planteando demandas economicistas imposibles de satisfacer (24)

¿Se cumplirían los objetivos con que se había definido la República Socialista? ¿Habría la suficiente decisión y fuerza para ello? ¿O se frustrarían una vez más las esperanzas del pueblo cayendo en una simple administración de la crisis en beneficio del gran capital extranjero y nacional?

SE TENSAN LAS FUERZAS

En la reunión del 5 de junio el Gobierno adoptó una serie de medidas concretas que habrían de confirmar las esperanzas de las masas populares y atormentar aún más a la minoría dominante. Recuerda Charlin: "... se acordó además la renuncia de intendentes y gobernadores, embajadores y representantes consulares... se tomó la resolución de suspender los lanzamientos cuya orden judicial estaba lista en las intendencias... se ordenó la devolución inmediata sin recibir ningún pago por los préstamos e intereses de las herramientas de trabajo pignoradas en la Caja de Crédito (máquinas de coser, máquinas de escribir, herramientas de carpintería, etc.), se dictó el decreto ley que otorgaba una amnistía amplia y general a todos los procesados o condenados por delitos políticos, disponiendo la inmediata libertad de aquellos que estuvieran cumpliendo condenas, como era el caso de la marinería sublevada en Septiembre del 31" .(25)

No eran medidas que atacaran las bases del poder oligárquico-burgués-imperialista, por cierto. Eran las primeras, y estaban destinadas a consolidar y ampliar el apoyo de las masas, las que querían y tenían que ver algo nuevo en la conducción del país. El gobierno -a pesar de sus contradicciones-, comenzaba a marchar hegemonizado por su ala más consecuente y en la práctica asumía el rol de vanguardia de un proceso que nacía preñado de contenido popular, democrático y antimperialista.

Para la reacción casi todas las incógnitas quedaron despejadas no bien aquel empezó a actuar. Y puso manos a la obra. "El lunes 6 de junio de 1932 se realizó en las primeras horas en los bancos de Santiago la más grave corrida de fondos de los depositantes, que en un tiempo record casi provocaron una catástrofe económica. Apresuradamente el Consejo de Estado aprobó un decreto ley que estableció feriado bancario de tres días y ordenó limitar los giros a una cifra proporcional al dinero depositado, debiendo darse motivos muy justificados para otorgar retiros por sumas superiores a las autorizadas reglamentariamente". (26)

Ya en pleno despliegue de fuerzas por los bandos del progreso y de la reacción, se hizo evidente ante los hombres más capaces del gobierno y leales al programa, que sin un apoyo de masas organizado sería imposible detener a la contrarrevolución. Charlin recuerda que Grove y Matte estaban convencidos que "sólo un apoyo masivo de los obreros podría detener a la oligarquía en su recuperación del poder, y el 11 de junio se organizó la "Alianza Revolucionaria de Trabajadores", donde se agruparon la Asociación de Profesores de Chile, la Confederación de Sindicatos Industriales, la Federación Nacional de Trabajadores, el Partido Socialista Marxista, el Sindicato de Comunicaciones, el Partido Comunista (ala trotskista; nota de los autores), la Confederación Nacional de Cooperativas, el Comité de Dueños de Mejoras, el Comité de Obreros de la Construcción, el Sindicato Profesional de Choferes, etc."(27) "En su manifiesto -recuerda Carlos Sáez- esta Alianza Revolucionaria hablaba de la abolición de la clase opresora mediante la socialización de la tierra y de los medios de producción, con lo cual se facilitarla el advenimiento de una era de paz y de justicia". (28)

Al día siguiente de constituida la Alianza, a la que había adherido el Partido Demócrata, se efectuó un acto de apoyo al Ministro de Defensa Marmaduke Grove.

BATALLA FINAL

El día 13 Dávila renunció a la Junta de Gobierno. Comenzó así la ofensiva final del imperialismo y la reacción oligárquica- burguesa contra la República Socialista.

Los planes de la contrarrevolución descansaban, en última instancia, en un golpe dado por los militares reaccionarios. Junto a la obstrucción de las medidas económicas, sociales e institucionales adoptadas por el gobierno, la gran burguesía hacia su trabajo en el seno de las Fuerzas Armadas. El Inspector General del Ejército llegó incluso a protestar ante Grove porque el gobierno estaba "incrementando el comunismo". Argumentaba así: "No es posible, señor Ministro, que se tolere la organización de comités de obreros, campesinos, mineros, indios, soldados y marineros bajo el amparo oficial y que el propio Ministro de Defensa les haya cedido un local de propiedad del Estado, en Alonso Ovalle esquina de Nataniel, para que funcionen estos antipatriotas. Por esta y otras comprobaciones de una evidente ayuda al comunismo internacional, como podemos observar hasta en la presentación suya de ese clavel rojo en su solapa, es que a nombre de..."(29) Pero no era la teoría ni los argumentos lo importante en el caso. Lo serio era la marcha -soterrada pero presentible- de la conspiración derechista, directamente dirigida contra la tendencia de Grove y Matte. Lo de "comunistas" era entonces una vulgar y estúpida argucia. A la reacción le eran suficientes las medidas adoptadas, la tendencia que marcaban -al margen de que sus impulsores las calificaran de "socialistas"- por cuanto eran reformas impuestas al modo plebeyo, sin consultar a las cúpulas oligárquicas.

El espacio de maniobras del Gobierno se iba estrechando. Habla ganado un amplio apoyo de masas en sus cortos y excitadas días de existencia. Pero la contrarrevolución habla hecho lo suyo. El problema de la

defensa del proceso ante la conspiración ya muy avanzada, era crucial. Para los que pretendían hacer una revolución las alternativas resultaban tajantes: "En la sesión del Consejo de Estado de aquella tarde del 14 de junio se discutió con inusitado acaloramiento -cuenta Charlin- si convendría o no crear milicias populares, entregándoles armamento y municiones a determinados sindicatos obreros en cuya lealtad el Gobierno tenía absoluta confianza... Matte Hurtado y los ministros de su confianza eran fervorosos defensores de esta medida, fue el Ministro de Defensa, coronel Marmaduke Grove, el que se opuso tenazmente a una resolución de esa naturaleza. Grove argumentó que aquello significaba hacerles a las instituciones armadas la mayor ofensa, pues era dudar de la capacidad, lealtad y formalidad..." Finalmente "se dio por resuelta la cuestión en el sentido de no armar milicias del pueblo y se entró a tratar el problema de disolver los grupos conspirativos". (30)

El 16 de junio se efectuó una inmensa manifestación de apoyo al gobierno, a la que asistieron unas cien mil personas. Pero la conspiración había madurado demasiado. La mayoría de los mandos de las Fuerzas Armadas obedecían a los golpistas. Los oficiales que adherían al gobierno fueron detenidos.

En horas de la tarde del mismo 16 de junio se consumó el asalto contra la República Socialista. 12 días había durado. A la una y 45 minutos de la madrugada del 17 Matte y Grove, junto a otros dirigentes del gobierno derrocado, fueron trasladados al Cuartel "Dragones" en calidad de prisioneros, y luego a la Isla de Pascua, con la orden terminante de que se les aniquilara físicamente: "El teniente Jorge Ortiz Ramírez (a cargo de la misión) llevaba instrucciones precisas del director General de Carabineros, Humberto Arriagada, para asesinar a los cinco prisioneros"(31)

Carlos Dávila quedó al frente del nuevo gobierno. Había triunfado el imperialismo, el latifundio y el gran capital financiero y comercial. ¿Es este el único resultado de la República de Grove y Matte?

UNA EXPERIENCIA DEMOCRATICO LIBERADORA

El balance de lo hecho por la República Socialista en favor de las masas humildes del pueblo, desde cualquier punto de vista honesto, es formidable, sobre todo si se tiene en cuenta su breve existencia. Y más enjundiosa será la valoración si se consideran las múltiples medidas que fueron iniciadas pero no culminadas y aún aquellos puntos tan sólo decididos pero que el corto tiempo no permitió concretarlos.

Para evitar juicios arbitrarios, recordemos las principales medidas económicas, sociales, políticas, institucionales y educacionales adoptadas durante aquellos doce días. (Seguimos en general el registro hecho por Casanueva y Fernández). (32)

Se devolvieron los objetos empeñados, se abrió crédito a los pequeños comerciantes y se estableció el control de precios de los artículos de primera necesidad y se llevaron a cabo requisiciones de alimentos para abastecer al pueblo; se estableció un impuesto a las grandes fortunas, se puso un tope decente a los sueldos fiscales y se revisaron los montos de las jubilaciones más elevadas; además se suprimieron los altos puestos fiscales inútiles, se prohibieron las importaciones suntuarias y se expropiaron los depósitos en moneda extranjera o en oro (cancelándolos en moneda nacional). Como medidas económicas de alta importancia estratégica se cuentan la comercialización exclusiva por el Estado del yodo, petróleo, fósforo, tabaco, alcohol y azúcar; también se pretendió organizar una central comercial estatal. Además se suprimieron los impuestos a algunos insumos importados destinados a la industria nacional de alimentos.

Una de las medidas de beneficio inmediato para el pueblo fue la prohibición de los desalojos de la gente modesta. En cuanto al flagelo de la cesantía se intentó -apenas se pudo iniciar el proceso- su absorción a

través del desarrollo de otras públicas, estableciendo normas legales de inamovilidad y cediendo fundos fiscales y de propietarios morosos para ser explotados colectivamente por los sin trabajo.

En materias políticas e institucionales se comenzó clausurando el llamado "Congreso Termal" nombrado por Ibáñez y poniendo en libertad a los presos políticos. También se inició la destitución de gobernadores, intendentes y embajadores que se alinearon con la conspiración antigubernamental. Lo más significativo en política exterior era el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, iniciativa que no llegó a concretarse a pesar del manifiesto deseo de los líderes progresistas del gobierno. Se crearon los ministerios del Trabajo y de Salubridad Pública, y se pensó en la reorganización del Poder Judicial y en la convocatoria a una Asamblea Constituyente que elaborara una nueva Constitución.

En el área cultural se destaca la reposición de los profesores y estudiantes que fueron expulsados de escuelas, liceos y la Universidad por motivos políticos. El 15 de junio, el Consejo de Estado aprobó la ley que otorgaba autonomía a la Universidad y declaraba inviolable su territorio. "Chile pasaba a ser el primer país del mundo que otorgaba esta calidad de asilo político a los locales universitarios", comenta Charlin. (33) La mira estaba puesta en establecer un gobierno universitario que -siguiendo la doctrina de Córdoba- integrara a los estamentos profesoral, estudiantil y de egresados.

¡Eso, en 12 días! Por el Gobierno de la República Socialista, con todas sus contradicciones políticas e incoherencia ideológica y hostigada desde su primer minuto por el imperialismo y la alianza del latifundio y el gran capital, a cuyos intereses servían muchos altos jefes militares ambiciosos y reaccionarios.

INTENTO REVOLUCIONARIO

¿Conforman esas realizaciones una verdadera revolución socialista? En absoluto. No debe ocultarse que en materia de nuestras riquezas básicas poco fue lo que se decidió. El cobre, explotado desde inicios del siglo por empresas yanquis, no aparecía en los planteamientos más relevantes. Y sobre el salitre hubo más bien intenciones tendientes a resguardar el interés del Estado, a ampliar los mercados, pero todo ello muy poco concreto. Y para qué anotar el otro gran vacío: el de la reforma de las estructuras de la propiedad de la tierra y del sistema de explotación del agro.

¿Pero significan tales vacíos e insuficiencias una velada vocación reformista en los líderes del movimiento? La verdad es que aquellos hombres fueron al choque directo con las manifestaciones sociales más irritantes del capitalismo atrasado y dependiente: el hambre, las enfermedades, la cesantía, por un lado; el derroche, la deshonestidad, el ocio, por el otro. Es erróneo suponer que los socialistas consecuentes de entonces -no los Dávila, por supuesto-, no comprendían que en la propiedad de las riquezas básicas y de la tierra, en el dominio del comercio exterior y de los negocios bancarios radicaba el poderío de los explotadores, y que era allí donde estaba el núcleo de los problemas de Chile. Lo comprendían y estaba en su mira abordarlos, pero en su búsqueda de caminos para acercarse a ellos se imponía un ansia justiciera inmediata, en lo que invertían y desgastaban sus principales energías y talento político. Los objetivos tácticos, más próximos, no eran siempre correctamente vinculados con las metas mayores, estratégicas.

No obstante, la República Socialista fue un intento revolucionario. Esto no lo comprendieron los comunistas, quienes venían adhiriendo desde hacía años al marxismo y contaban con una rica experiencia en la lucha de clases. ¿Por qué no pensar que median te la hegemonía de un núcleo proletario con sólida adhesión en las masas trabajadoras y pequeño burguesas, las tareas democráticas y antimperialistas

podieran haberse llevado hasta el fin? Pero esa hegemonía no existió, porque la clase obrera era aún inmadura en los principios de la estrategia revolucionaria, lo que se reflejó en la conducta de su vanguardia organizada. (34)

La conducción de las masas recayó, en tales circunstancias, en manos de intelectuales revolucionarios y bajo el liderazgo de un militar de gran sentido patriótico.

Fue aquel un intento colmado de espontaneidad, pero sobre todo resalta su carácter democrático y popular, en cuanto respondía fielmente a los intereses y urgencias del conjunto de las clases y capas expoliadas y oprimidas por el imperialismo, el latifundio y el gran capital financiero y comercial. Sus insuficiencias ideológicas, programáticas y, a la postre, las vacilaciones en la conducción política, fueron reflejo de la inmadurez de ciertas condiciones subjetivas sin las cuales la revolución se hace imposible. Era la visión de un socialismo confuso, con elaboraciones a medio camino, no por ser poco radicales sino por ser inacabadas.

La República Socialista que, para sintetizarlo, un intento revolucionario popular y democrático, antimperialista y antioligárquico, inmaduro.

No se trata solamente de un problema de inmadurez "teórica", de falta de precisión programática. Fue así, efectivamente, pero una revolución no se hace a través de escritos ni de programas perfectos, si éstos no se transforman en fuerza social activa, en instrumentos de cambio práctico. Y ello sólo es posible -como lo ha demostrado la experiencia hasta la saciedad-, cuando surge y se consolida una organización política que vanguardiza a las masas en la lucha por el poder. Tal organización puede surgir de muchas formas y evolucionar a través de variados caminos de acuerdo a la realidad social, histórica y cultural específica, pero siempre ha de culminar en partido.

SOCIALISMO A LA ALTURA DE SU TIEMPO

Cuando hemos afirmado que los principales protagonistas -personas y grupos-, de la República Socialista tenían una comprensión inacabada de la realidad, significa que no habían llegado al fondo, a las raíces de los fenómenos. Existe coincidencia en la valoración progresista de aquella experiencia, e incluso en que su caída se debió a la falta de una vanguardia obrera que la dirigiera, habida cuenta de que la reacción interna y externa actuaría como lo hicieron. Pero la clave de una correcta comprensión teórica de la República Socialista radica, para el materialista marxista, en entender que las clases y capas sociales que la impulsaron daban para esa revolución -que el país mismo daba para esa revolución- a medias, y no para otra. La clase obrera en su conjunto -y no sólo su sector más esclarecido y a su vez con sus propias insuficiencias-, las nuevas masas proletarizadas por la crisis, la pequeña burguesía, los empozados, los intelectuales, habían llegado a un grado de desarrollo que estaba materialmente determinado por el propio nivel de desarrollo de nuestro deformado capitalismo. Y su conciencia se correspondía con tal base.

No fue por ánimo reformista, por falta de consecuencia, ni menos por simple voluntad putchista, que los hombres que estuvieron al frente del movimiento pensaran lo que pensaron e hicieran lo que hemos descrito. Los dirigentes de aquella "República Socialista" fueron todo lo inteligentes y audaces que la conciencia social de las clases a las que expresaban les permitía, o determinaba. Si no vieron o no comprendieron algunos fenómenos, ciertos requisitos ineludibles para llevar adelante las transformaciones que postulaban, era -para expresarlo en una fórmula que puede parecer excesiva- porque no podían verlo ni comprenderlo.

Matte, Grove y sus compañeros más firmes de aquel intento, fueron hijos de su época, de su experiencia política y de su ascendencia social. Fueron los socialistas de aquel momento en Chile. En sentido más general, no resulta ni pecado ni falsedad sostener que no eran materialistas dialécticos cabales, ni tampoco leninistas -en el sentido de dominar los principios generales de una revolución, y aún menos de una revolución socialista-.

Pero la República Socialista, así como fue hito que resumió todo un desarrollo histórico de Chile, especialmente de su clase obrera y del pueblo, fue también escuela para las masas y para los hombres. Después de ella las cosas no podían rodar al mismo paso y con el mismo contenido de antes. Aquí vale recordar toda la insistencia de Lenin -particularmente antes de la revolución de 1905 y durante la de febrero de 1917-, sobre la inmensa importancia de la democracia como potenciador de la conciencia política de los pueblos.

Resulta así plenamente justa la tesis del compañero Clodomiro Almeyda, de que "más que de una evolución o historia de las ideas marxistas en Chile, debería hablarse de una evolución o historia del pensamiento socialista en Chile, tomando como eje la progresiva permeación de ese pensamiento por las categorías marxistas". (35)

SALTO AL FUTURO

El 30 de octubre de 1932 se efectuaron elecciones presidenciales y parlamentarias. Grove y Matte seguían cautivos en la Isla de Pascua, pero ambos fueron proclamados candidatos, el primero a la presidencia de la República y el segundo al Senado. La campaña fue alentada y dirigida especialmente por Oscar Schnake. Grove, en ausencia, sacó la segunda mayoría nacional -después de Alessandri, que fue elegido—, obteniendo el primer lugar en Santiago y Valparaíso. Matte, también sin participar en las actividades electorales, fue elegido senador con la más alta votación en la capital. Es una prueba incontrastable de la amplitud y rapidez con que prendió en las masas la propuesta democrática revolucionaria de los jefes de la República Socialista.

Esta significó una mutación cualitativa en el desarrollo político de Chile, que enriqueció a la clase obrera y a todo el pueblo, cristalizando en la formación del Partido Socialista menos de un año después.

El temblor remeció también, naturalmente, al Partido Comunista, el que en su Congreso de julio de 1933 hizo un fuerte giro ideológico y político que lo encumbró hacia una posición más acorde a los principios marxista-leninistas, lo que se expresó en una más realista captación de las potencialidades revolucionarias subyacentes en la sociedad chilena.

Grove, Matte, Schnake, Eugenio González y la mayoría de los dirigentes más connotados de la República Socialista —con sus propias singularidades y experiencias, todos remozados a través del ensayo revolucionario- constituyeron el núcleo principal que amalgamó a los varios grupos de socialistas nacidos en la época -antes y después del 4 de Junio-, los que se erigieron en Partido el 19 de Abril de 1933.

En esa fecha, varias decenas de obreros, intelectuales, artesanos y empleados conformaron el primer destacamento de un Partido Socialista que no habría de diluirse más, y que a poco andar se convirtió en referente de cientos de miles de trabajadores chilenos. La República Socialista los había transportado desde un pasado político intuitivo a un presente de conciencia y organización, arrastrando consigo toda aquella rebeldía contra las injusticias de un orden social fundado en la explotación del hombre por el hombre, que removi6 a Chile durante doce días de junio de 1932. El joven Salvador Allende estaría con

ellos, desde su inicio, para construir en la lucha -y hasta la muerte- esa formidable herramienta de la clase obrera y del pueblo que desde entonces combate por la libertad y el socialismo para Chile.

Notas

(*) Publicado originalmente en el N° 10 de Cuadernos de Orientación Socialista, febrero 1982. Berlín, RDA

- (1) Carlos Charlin O., *"Del avión rojo a la República Socialista"*. Ed. Quimantú, Santiago, 1972, págs. 709 y 723.
- (2) Fernando Casanueva V., y Manuel Fernández C., *"El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile"*. Ed. Quimantú, Santiago, 1973, pág. 58.
- (3) Entre 1884 y 1896 el proletariado salitrero se multiplicó por 3,5 y en los 16 años siguientes por 2,5. Véase Alan Angel, *Partidos Políticos y movimiento obrero en Chile*. Ed. ERA, México, 1974, pág. 28. Según Jorge Barría, la distribución de la población chilena al cerrarse el siglo XIX es, en grandes trazos, la siguiente: "De sus 3.300.000 habitantes en 1900, el 65% vive en el campo o pueblos vinculados a las actividades agropecuarias. Santiago tiene 250 mil habitantes y junto con Valparaíso y el norte salitrero, concentran el grueso de la población urbana de la nación". Jorge Barría S., *El movimiento obrero en Chile*. Ed. de la UTE, Santiago, 1973, pág. 15.
- (4) id., pág. 18
- (5) FOCH, que en 1925 contaba con unos 100.000 afiliados, durante el período de Ibáñez descendió a 25.000. Véase Enzo Faletto, Eduardo Ruiz, Hugo Zemelman, *Génesis histórica del proceso político chileno*. Ed. Quimantú, Santiago, 1971, pág. 58.
- (6) Alan Angel, op.cit. pág. 168
- (7) Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*. Ed. Austral, Santiago, 1965, págs. 256-257.
- (8) Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, Ed. Austral, Santiago, 1970, pág. 230.
- (9) Hernán Ramírez N., "Origen y...", op.cit. pág. 175. Algunas cifras: desde 1929 a 1932 las ventas de cobre y salitre se redujeron al 13%, las exportaciones totales al 12,6% y las importaciones al 12% en el mismo lapso la producción de cobre fino se redujo a la mitad entre 1929 y 1933 y la producción industrial bajó en un 13% de 1930 a 1931. Véase Faletto, Ruiz, Zemelman, "Génesis...", op.cit... pág. 71; también Eduardo Ruiz, *"Hace medio siglo: la caída del general Ibáñez"*, en APSI. 30.6.81. Barría sostiene que como consecuencia directa de la crisis se produjo "un desempleo hasta entonces desconocido en los anales del trabajo del país", da la cifra oficial de 130.000 cesantes sólo entre obreros y empleados. En 1931 Chile tenía alrededor de A.300.000 habitantes. (Jorge Barría S., op.cit., págs. 65 y 66).
- (10) Véase Faletto, Ruiz, Zemelman, "Génesis...", op.cit. págs. 71 y 87.
- (11) Carlos Charlin, op.cit. pág. 408.
- (12) Planteamientos del segundo mensaje de los marinos sublevados, en Charlin. op.cit. págs. 412 a 414.
- (13) id., pág. 593.
- (14) id... pág. 593.
- (15) Casanueva y Fernández, op.cit. pág. 83.
- (16) Carlos Charlin, op.cit. pág. 587.
- (17) id. Pág. 592.
- (18) Citado por Charlin, id., pág. 556.
- (19) Casanueva y Fernández, op.cit. págs. 82-83. Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*. Ed. PLA, Santiago, 1971, págs. 65-66. La ARS surgió en los primeros meses de 1932.
- (20) Carlos Charlin, op.cit. pág. 733.
- (21) Hernán Ramírez N., "Historia del...", op.cit. pág. 240.
- (22) id., págs. 241-242
- (23) Carlos Charlin, op.cit. pág. 732.
- (24) id., pág. 741.
- (25) id., pág. 734.
- (26) id., pág. 735.
- (27) id., págs. 741-742.
- (28) Citado por Charlin, op.cit. pág. 742.
- (29) id., págs. 748-751.
- (30) id., págs. 764-765.
- (31) id., pág. 794.
- (32) Casanueva y Fernández, op.cit. págs. 84 a 87.
- (33) Carlos Charlin, op.cit. págs. 769-770.
- (34) Este fenómeno -que no fue exclusivo del PC chileno sino del conjunto del movimiento comunista latinoamericano-, lo asume Rodney Arismendi con edificante franqueza: "... a partir de los años 30 -dice- en tendencia que se agudiza hasta 1934, una ola de sectarismo se va entronizando hasta hacer que los Partidos Comunistas pierdan de vista peculiaridades nacionales y continentales y hasta nociones elementales de táctica política. Se sustituyen los análisis concretos por analogías y calcos, las orientaciones políticas concretas por la consigna general del poder soviético. Se caricaturiza la proletarianización de los partidos con resultados de mayor

aislamiento de las masas, de ausencia de aliados, de frecuentes crisis internas". El VII Congreso de la Internacional Comunista y algunos problemas actuales de la revolución en América Latina. Ed. Paz y Socialismo, Praga, 1979.

(35) Entrevista publicada en Araucaria N° 16, 1981.